

La terquedad de creer

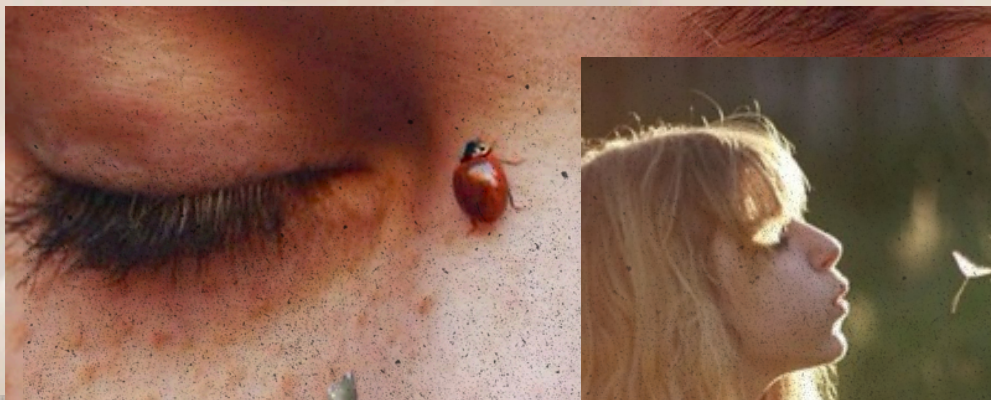
Por Ligia Sofía Manzano Rodríguez

¿Cuál fue la última vez que pediste un deseo? Quizá me digas que fue el fin de semana pasado, cuando te encontraste un diente de león en el camino, o tal vez, entre risas y un poco de pena, dirás que fue hace un rato, cuando revisaste tu celular y el reloj marcaba las 11:11 de la mañana.

Desear es inevitable; es parte de vivir. Desde que eres pequeño, cuando te decían que soplaras las velas del pastel, pero que no dijeras el deseo porque, si lo hacías, no se cumpliría. Como aquella vez en la que te quedaste por la noche mirando las estrellas y, en silencio, le confiaste lo que más querías a uno de esos destellos. O cuando descubriste los dientes de león a un lado de tu casa y, al soplar, dejaste que tu anhelo más profundo se fuera con la brisa, junto con las semillas de la flor.

Y seguirá siendo así, no importa cuánto digamos que solo creemos en la realidad, en lo que podemos ver. Cada primero de enero te comerás doce uvas: doce sueños, doce metas que desearás alcanzar con vehemencia. Seguirás lanzando monedas a las fuentes, sabiendo que son solo agua y metal, pero confiando en que tus ilusiones se vuelvan realidad. Te seguirás levantando cada mañana usando esa pulsera de la "buena suerte", que ni siquiera sabes por qué no te quitas, pero que guarda una promesa silenciosa de todo aquello en lo que confiabas cuando te la pusiste. Seguirás revisando la hora y, si por casualidad en alguno de esos momentos marca las 11:11, te detendrás un instante para nombrar lo que más quiere tu corazón.





Que el ser humano esté rodeado de incertidumbre, de desconfianza hacia sí mismo y hacia los demás, y aún así viva sostenido por la esperanza de que el futuro puede traer más luz, es fascinante.

Incluso en medio de la agonía, nos aferramos a la posibilidad de un mañana con menos dolor; aun después de la decepción, insistimos en creer que la siguiente vez será distinta.

Los seres humanos confiamos en nuestra capacidad de desear, de orientarnos hacia algo, con la fe de que todo puede mejorar. Deseamos cuando hay bienestar, pero, sobre todo, deseamos cuando el miedo nos alcanza: sin lógica, sin ciencia, solo con esperanza.

Porque, al final, seguir esperando —y seguir creyendo— es, quizá, nuestra forma más obstinada de resistir.

